

Betty la fea y la conciencia de clase

■ ■ Jaime Sánchez Macedo*

Después de muchos años de escuchar toda clase de referencias sobre *Yo soy Betty, la fea* (Gaitán, 1999), decidí sacarle provecho al desempleo y ver la famosa telenovela colombiana durante la pandemia. La cuestión es que, al igual que el *fandom* formado desde el estreno en octubre de 1999, caí embobado en la trama acerca del paso de Beatriz Pinzón Solano por la empresa de moda Ecomoda, propiedad de las familias Valencia y Mendoza, cuyo heredero de esta última, Armando, se hace con las riendas del negocio tras la jubilación de su padre.

Si bien, la historia no es otra cosa que una adaptación contemporánea de la cenicienta —como muchas de las telenovelas latinoamericanas—, en la cual se presenta un amor imposible entre la mujer humilde y el apuesto y opulento galán. Al igual que en el antiquísimo cuento de hadas, nuestra protagonista sufre una transformación que posibilita el enamoramiento del príncipe y la concreción del “amor” imposible tras la superación de una serie de obstáculos. Sin embargo, contrario a lo que en principio pudiera pensarse, la transformación de Betty, antes que cosmética, es con motivo de la cercanía que genera con “don Armando”, quien recurre a ella para sostener un fraude financiero que posibilita su gestión al frente de la empresa. Como es de esperarse, lo que en principio comienza como una treta del burgués para con su mano derecha, termina por convertirse en un “romance” entre ambos. Ya después viene el cambio de apariencia de Betty.

Estoy convencido que uno de los principales atractivos del culebrón, especialmente para el público latinoamericano, tiene que ver con la precariedad laboral a la cual es sometida Beatriz por parte de una empresa que prácticamente depende del trabajo que ella realiza para salir a flote; se trata, sin duda, de una experiencia con la cual mucha gente nos podemos

identificar. Más aún, luego de sufrir toda clase de abusos, incluido el sexual, las mesas se voltean — como se dice en inglés—, y vemos a Betty hacerse del control ante las rabietas de los ricos. Y es que todos hemos fantasiado alguna vez con ser dueños de los medios de producción cuando no lo somos.

El problema fue que, al igual que otros autores (Ledesma, 2020; Ulchur, 2000), la telenovela me dejó no sólo algo inquieto sino, inclusive, un tanto insatisfecho con el desenlace de la historia — *spoiler alert*— cuando los Mendoza y Valencia recuperan el control de la empresa, mientras que Beatriz y Armando concretan su “amor” imposible. La molestia se fue gestando unos cincuenta capítulos antes del final, conforme Betty no mostraba la más mínima intención de vengarse de las personas que durante trescientos episodios la habían agredido física y verbalmente, además de pagarle un sueldo por debajo de lo debido. A partir de este punto, comencé a imaginar mi propio desenlace de la historia; eso que se ha dado en llamar *fanfic*.

De manera que ahora, más que narrar mi versión según la cual nuestra querida Betty, una vez al mando de la empresa, colectiviza los medios de producción para compartir la propiedad de Ecomoda con el resto de los trabajadores y trabajadoras de manera equitativa, de lo que quisiera hablar es de la nula conciencia de clase que es representada en la trama. Esta cuestión se muestra de manera particular en la figura del padre, Hermes Pinzón, quien asume la no conciencia de clase como parte de un pacto de “honorabilidad” del trabajador; él mismo es víctima de su patrón quien le niega la liquidación tras 30 años de fiel servicio. La idea de reclamo es sustituida por una necesidad de demostrar el honor ante los dueños de la empresa.

Pero, ¿qué es la conciencia de clase y por qué me molesta no verla en una telenovela? En términos de la filosofía marxista muy, muy pero muy resumidos, la conciencia de clase sería el reconocimiento de que los intereses de los ricos y los pobres son distintos; y no sólo eso, sino que además son contrapuestos.

* Licenciado en Historia, maestro en Estudios Regionales y en Conservación de Acervos Documentales, y estudiante de Doctorado en Ciencias Sociales, este último por el Colegio de Michoacán.



Yo soy *Betty la fea*. Canal RCN

Mientras que los primeros aspiran a seguir siendo ricos o, mejor aún, ser más ricos cada vez, los pobres quisieran dejar de ser explotados. La cuestión es que, la mejor manera que tienen los ricos para mantenerse en tal condición o hacerse más ricos bajo el sistema capitalista es, precisamente, mediante la explotación de la clase trabajadora. Por otro lado, la mejor manera que tienen los pobres para dejar de ser explotados es impedir que los ricos se apropien de los frutos de su trabajo. Este es el antagonismo fundamental que genera la lucha de clases. De manera que el proletariado, es decir, los explotados, deberían actuar en concordancia con sus intereses y no con los de la burguesía; a lo contrario se le denomina alineación (Lukács, 1970).

Ojo aquí que —cabe hacer la aclaración— el fin de la explotación no equivale a la aspiración a convertirse en rico, ya que eso solo significaría la sustitución de la relación en términos individuales y no colectivos. Por lo tanto, la conciencia de clase implica darse cuenta de que, mientras existan los ricos, habrá explotación para la mayoría que no lo es. El asumir que el sometimiento es equivalente al honor resulta, sin duda, una proposición bastante conveniente para la hegemonía burguesa. En lugar

de defender sus derechos, el proletariado debe soportar cualquier tipo de explotación para demostrar su importancia como parte del sistema. Esto a pesar de que, como la misma telenovela lo muestra, los ricos no siempre son los aptos para administrar sus propias empresas, con las consiguientes implicaciones para todas las personas que dependen de éstas como fuentes de empleo para subsistir.

Escribo estas líneas porque quisiera saber si acaso la gente que sostiene a *Betty la fea* en los *rankings* de las páginas de *streamin* tienen este mismo delirio marxista cada vez que vuelven a repasar la historia. Creo también que, lo mismo que sobre la falta de conciencia de clase podría decirse de la nula sororidad entre las *personajas*, salvo quizás las integrantes del llamado *cuartel de las feas*, aunque esto lo dejo para voces más pertinentes que la mía.

Aunque admito que no se le puede pedir a una telenovela mostrar la revolución social, soñar no cuesta nada. Así como en su momento se escribió la historia del Señor de los Anillos desde el punto de vista de los orcos, como el proletariado sometido por la sociedad estamental de las otras especies

“blancas” de la Tierra Media (The Last Ringbearer, 2023), ojalá que algún día pueda leer la historia de la Cooperativa Ecomoda, en tanto no tenga el tiempo para escribirla con mis propias manos dada mi propia explotación. Por lo pronto, ¡cuarteles de feos y feos, unió!

Referencias

“The last ringbearer” (2023, 1 de abril). En *Wikipedia*. https://en.wikipedia.org/wiki/The_Last_Ringbearer

Ledesma Mateos, Ismael (2020, 11 de septiembre). “Betty la fea y la lucha de clases”. *Consultorio. Suplemento de cultura*. Disponible en: <https://archivo.e-consulta.com/blogs/consultorio/betty-la-fea-y-la-lucha-de-clases/>

Lukács, Georg (1970). *Historia y conciencia de clase*. Cuba: Instituto del libro.

Ulchur Collazos, Iván (2000). “Betty la fea: la suerte de la inteligencia”. *Revista Latinoamericana de Comunicación Chasqui 71*. Ecuador: Centro Internacional de Estudios Superiores de Comunicación para América Latina.



Armando Mendoza y Beatriz Pinzón Solano. Canal RCN.